

fuego, y luego comenzó a rechinar y respear en el fuego como quien se asa. Como vió *Tecuciztecatl*, que se había echado en el fuego y ardía, arremetió y echóse en la hoguera, y disque una águila entró en ella y también se quemó y por eso tiene las plumas hocas o negrestinas. A la postre entró un tigre y no se quemó, sino chamuscóse, y por eso quedó manchado de negro y blanco: de este lugar se tomó la costumbre de llamar a los hombres diestros en la guerra *Cuauocelotl*, y dicen primero *Cuautli* porque la águila primero entró en el fuego, y dicese a la postre *Ocelotl*, porque el tigre entró a la postre de la águila al fuego. Después que ambos se hubieron arrojado en el fuego, y que se habían quemado, luego los dioses se sentaron a esperar a que prontamente vendría a salir el *Nanaoatzin*. Habiendo estado gran rato esperando, comenzó a poner colorado el cielo, y en todas partes apareció la luz del alba. Dicen que después de esto los dioses se hincaron de rodillas para esperar por donde saldría *Nanaoatzin* hecho sol: miraron a todas partes volviéndose en derredor, mas nunca acertaron a pensar y a decir a qué parte saldría, en ninguna cosa se determinaron: algunos pensaron que saldría de la parte del Norte, y paráronse a mirar hacia él; otros hacía el Mediodía, a todas partes sospecharon que había de salir, porque por todas partes había resplandor del alba: otros se pusieron a mirar hacia el Oriente, y dijeron, aquí de esta parte ha de salir el sol.

El dicho de éstos fué verdadero:

dicen que los que miraron hacia el Oriente fueron *Quetzalcoatl*, que también se llama *Ehecatl*, y otro que se llama *Totecy* por otro nombre *Anahuacitecu*, y por otro nombre *Tlatlahuictezcatlipuca*, y otros que se llaman *Minizcon*, que son innumerables, y cuatro mujeres, la primera se llama *Tiacapan*, la segunda *Teicu*, la tercera *Tlaco-coa*, la cuarta *Xocoyotl*; y cuando vino a salir el sol, pareció muy colorado, y que se contoneaba de un lado a otro, y nadie lo podía mirar, porque quitaba la vista de los ojos, resplandecía y echaba rayos de sí en gran manera, y sus rayos se derribaron por todas partes; y después salió la luna en la misma parte del Oriente a par del sol: primero salió el sol y tras el la luna, por la orden que entraron en el fuego por la misma salieron hechos sol y luna. Y dicen los que cuentan fábulas o hablillas, que tenían igual luz con que alumbraban, y de que vieron los dioses que igualmente resplandecían, habláronse otra vez y dijeron: ¡Oh dioses! ¿cómo será ésto? ¿será bien que vayan a la par? ¿será bien que igualmente alumbren?» Y los dioses dieron sentencia y dijeron «Sea de esta manera,» y luego uno de ellos fué corriendo, y dió con un conejo en la cara a *Tecuciztecatl*, y escurecióle la cara, ofuscóle el resplandor, y quedó como ahora está su cara.

Después que hubieron salido ambos sobre la tierra, estuvieron quedos, sin moverse de un lugar el sol y la luna, y los dioses otra vez se hablaron y dijeron: ¿Cómo podemos vivir? no se menea el sol, hemos de vivir entre los villanos?

muramos todos y hagámosle que resucite con nuestra muerte, y luego el aire se encargó de matar a todos los dioses y matólos, y dicese que uno llamado *Xolotl*, rehusaba la muerte, y dijo a los dioses: «¡Oh dioses! no muera yo,» y lloraba en gran manera, de suerte que se le incharon los ojos de llorar, y cuando llegaba a él el que mataba, echó a huír y escondióse entre los maizales, y convitióse en pie de maíz que tiene dos cañas, y los labradores le llaman *Xolotl*, y fué visto y hallado entre los pies del maíz: otra vez echó a huír, y se escondió entre los magueyes, y convirtiéndose en maguey que tiene dos cuerpos que se llama *mexolotl*: otra vez fué visto, y echó a huír, y metióse en el agua, e hizo pez, que se llama *axolotl* (ajolote), y de allí lo tomaron y lo mataron; y dicen que aunque fueron muertos los dioses, no por eso se movió el sol, y luego el viento comenzó a zumar y ventear reciamente, y él le hizo moverse para que anduviese su camino; y después que el sol comenzó a caminar, la luna se estuvo queda en el lugar donde estaba. Después del sol comenzó la luna a andar; de esta manera se derivaron el uno del otro y así salen en diversos tiempos, el sol dura un día, y la luna trabaja en la noche o alumbraba en ella.»

El P. Mendieta trae una variante de la leyenda anterior, pues en su relación los dioses adorados en Teotihuacán eran animales; *Tlotli*, gavián o halcón, se encargó de hacer andar al sol, aunque sin conseguirlo; *Citli*, liebre, le tiró flechas de que el sol se defendió, y con una de las saetas mató a *Citli*. Los

dioses desmayaron entonces, resolvieron sacrificarse y morir, siendo el sacrificador *Xolotl*, quien terminada su obra se sacrificó a sí mismo.

Boturini dice que el buboso no era dios, sino uno de los concurrentes de la metamorfosis intentada por *Centeotl*, dios del maíz, llamado también *Inopintzin*, el dios huérfano. Arrojado el buboso a la hoguera convirtiéndose en hermoso globo de fuego; un águila se arrojó a las llamas, tomó con el pico el sol y lo transportó a los cielos.

Veytia dice que en un año *chicome tochtli*, siete conejo, suspendió su curso el Sol por espacio de un día natural, lo que causó grandes estragos, hasta que un mosquito le picó una pierna y le hizo proseguir su carrera. Orozco y Berra hace observar que, aunque evidentemente lo dicho por Veytia corresponde también a la fábula del buboso, él lo hace leyenda separada para aplicarla al pasaje bíblico de Josué, pues grande era su empeño por ajustar la mitología mexicana a los Libros Sagrados.

*
**

Los historiadores filósofos, a través de la leyenda del quinto sol, que, a primera vista, aparece disparatada y extravagante, han encontrado un significado histórico.

El suceso conmemorado en el mito tolteca, es, dice Orozco y Berra, la dedicación de las pirámides de Teotihuacán al Sol y a la Luna. Teotihuacán, como su nombre lo dice (Teteohuacan), estaba consagrado a los antiguos dioses; existía con sus pirámides desde los tiempos más remotos; era un san-

tuario venerado en que eran adorados los animales, una de las concepciones más bajas de las religiones inventadas por los hombres. Los toltecas, aunque deístas, admitían el culto de los astros del día y de la noche, ni les era desconocido el fuego simbólico; y a fuer de conquistadores, o por más civilizados, impusieron sus creencias en la ciudad santa; los dioses antiguos fueron derrocados de sus altares, y se ostentó la imagen del sol sobre el *Tonatiuh Itzacual* y la de la Luna su compañera en el *Meztli Itzacual*: El hecho importaba la pérdida de su religión primitiva y la substitución del culto extranjero. Vencidos y vencedores tenían empeño en perpetrar el recuerdo.

Orozco y Berra interpreta el mito de un modo satisfactorio. La escena pasa en la asamblea de los dioses, de los sacerdotes sus representantes, y del pueblo. Se busca quien se atreva a iniciar el cambio; se ofrece *Tecuciztecatl*; faltaba un compañero y se le encuentra en el asqueroso *Nanahuatzin*; aquél, la casta sacerdotal, rica y poderosa; éste, el pueblo pobre que admitía ansioso ser regenerado por la nueva civilización. A la hora en que debía verificarse la substitución de deidades, *Tecuciztecatl* vaciló y Na-

nahuatzin colocó resueltamente en la pirámide la imagen del sol, y, a su ejemplo, aunque tras largo vacilar, llevó a la luna a su asiento el irresoluto sacerdote. Los soldados no fueron extraños al cambio: el águila llevó al cielo en el pico al astro del día, y el tigre transportó a la compañera de la noche. Por eso los guerreros *cuautli* y *ocelotl*, águilas y tigres fueron siempre considerados en el ejército. La Luna, menos reverenciada que el Sol, para perder el brillo recibió en el rostro un golpe con un conejo: era para marcar el signo del año del acontecimiento; desde entonces los pueblos de Anáhuac descubrían el *tochtli* cronológico en esas sombras indecisas que se advierten en la redonda cara de la Luna llena. Al principio los astros no se movían, era que el nuevo culto no progresaba, y fué indispensable el viento, la predicación para hacerlos caminar. Cuando los nuevos númenes ganaron prosélitos, los antiguos dioses perecieron, pues fueron derribados de sus altares: *Xolotl* resistió el último; tres veces metamorfoseado, acabó por sucumbir. En la nueva religión tributábase culto al Sol, a la claridad del día y a la Luna, durante la noche, siguiendo tal vez las fases de la melancólica diosa.